

33

Una vida UNA NOVELA

HIJO DE UN
OFICIAL DE
CORREOS

• • •
FRACASA
EN EL
COMERCIO
Y EN
PUBLICIDAD

• • •
FELIZ CON
SU PRIMERA
Y UNICA
ESPOSA



JOSEPH COTTEN

2
PTAS.

¡DE PROXIMA APARICIÓN!



LORETTA YOUNG.— Esta encantadora estrella que vemos todavía en pañales de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.



GLENN FORD.— El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Después de su matrimonio con la actriz Eleonor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.



UNA VIDA, UNA NOVELA

JOSEPH COTTEN

- ◆ Un hombre que no nació para los negocios.
- ◆ Orson Welles le introdujo en el cine.
- ◆ Un solo amor a lo largo de su vida.

Volumen n.º 33
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 20. SUSAN HAYWARD |
| 2. JOHN WAYNE | 21. ROBERT TAYLOR |
| 3. HEDY LAMARR | 22. RITA HAYWORTH |
| 4. ERROL FLYNN | 23. TYRONE POWER |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 24. JUDY GARLAND |
| 6. MARILYN MONROE | 25. KIRK DOUGLAS |
| 7. GARY COOPER | 26. AUDREY HEPBURN |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 9. ROCK HUDSON | 28. JOAN CRAWFORD |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 29. RAF VALLONE |
| 11. CLARK GABLE | 30. INGRID BERGMAN |
| 12. LESLIE CARON | 31. JAMES STEWART |
| 13. GREGORY PECK | 32. BETTY HUTTON |
| 14. GRACE KELLY | 33. JOSEPH COTTEN |
| 15. FRANK SINATRA | DE PROXIMA APARICION |
| 16. SILVANA MANGANO | 34. LORETTA YOUNG |
| 17. VAN JOHNSON | 35. GLENN FORD |
| 18. AVA GARDNER | 36. LANA TURNER |
| 19. ALAN LADD | |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial
enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRÁFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

L A ciudad de Petesburgo, en el pacífico Estado de Virginia, con sus mansiones señoriales de amplia columnata, sus campos de algodón y sus huertas bien cuidadas, reverberaba bajo un sol primaveral. Todo invitaba a la alegría. Los jardines en plenitud de floración, la tierra perfumada, el cielo muy azul, y, en el corazón de unos futuros padres, el vuelco gozoso, cual repique de campanas anunciando la buena nueva.

{Les iba a llegar el hijo que esperaban ansiosamente enternecidos!

Esto ocurría el 15 de mayo de 1905. Si queremos concretar más, podemos añadir que entre diez y once de la mañana. Y ocurrió algo curioso, que al parecer nada tenía de común con el acontecimiento, pese a que las circunstancias mantenían estrechamente ligados entre si. Ello era que a dicha hora la Oficina Postal de la localidad, contraviniendo el Reglamento de Comunicaciones, permanecía cerrada, porque se daba la circunstancia de ser padre de la esperada criatura el oficial de Correos encargado de la misma.

¿Quién sería capaz de estar transmitiendo telegramas o clasificando cartas mientras la esposa andaba en trance de alumbramiento?

El susodicho oficial, señor Cotten, jamás faltó a su deber. Acudía puntualmente a la Oficina. Atendía al público con amabilidad. Les ayudaba en la redacción de los textos para que, en pocas palabras, pudieran decir muchas cosas y el telegrama les saliera expresivo y de poco costo; pero, un día es un día. Y en la vida del probo funciona-

rio ninguno tan trascendental como el de la llegada de este nuevo ser. ¡Bien se le podía perdonar que tuviese interrumpido el servicio entre diez y once de aquella mañana del 15 de mayo de 1905!

Ajenos al feliz acontecimiento, los transeúntes averiguaban asombrados ante el inusitado quebrantamiento reglamentario:

—¿Ocurre algo?

—Le señora, que está dando a luz, y usted comprende, claro! El esposo no se mueve de su lado.

—¡Enhorabuena! —decían unos.

—¡Que acabe en bien! —auguraban otros.

Sin que tampoco faltase algún impaciente, deseoso de utilizar los servicios, que preguntara zumbón y mal disimulando su contrariedad:

—¿Cuánto creen que puede tardar?

Entonces intervenía una vecina oficiosa apor-
tando detalles pintorescos.

Joseph nació con el ceño fruncido, la mirada profunda, a través de unas pupilas claras, y los labios redondos.

—Un chico de carácter —profetizó la abuela materna, que se proponía convertirle en elegante y ceremonioso americano del Sur.

Durante los primeros años le tuvo a su lado. Vestía ricos trajes de terciopelo; aprendía a saludar con elegancia; a comportarse con deselvolvura; mas, en cuanto frecuentó la Escuela afloró a la superficie su verdadera personalidad prepotente

y hasta entonces aherrojada por las conveniencias sociales.

No era muchacho para crecer entre gentes comedidas y ceremoniosas, terciopelos y saraos, cual planta de invernadero. Amaba la calle. Le gustaba pelear. Vencer dificultades. ¡Vivir!

—Dame ese grillo —exigió un día cualquiera, caprichosamente, de un condiscípulo.

Como el otro protestase haciendo valer sus derechos, le arreó dos puñetazos, le tumbó contra el suelo y salió corriendo, con el codiciado grillo entre las manos.

—¿Por qué lo hiciste? —le interrogaron sus seguidores.

—Quería probar mis fuerzas con él —contestó, soltando el pobre bicho con indiferencia, cuando ya estaba medio muerto.

La vivacidad de genio y la voluntad decidida fueron magníficas muletas en que apoyarse para andar luego mundo adelante.

Apenas tuvo conciencia de sus actos quiso ser actor. Abundaban los niños prodigo. Las empresas los solicitaban para la pantalla.

—¡Quién sabe! —argüía el padre, tentado de llevarle a Nueva York.

Pero la abuela, que no comprendía otro mundo que el de los salones y las reverencias, clamaba horrorizada:

—¡Mi nieto estrella de cine! ¡No lo permita Dios!

Por el momento, Dios no lo permitió, a pesar de que el señor Cotten hizo una escapada a la ciudad de los rascacielos para que probasen a su hijo.

—No le han comprendido —afirmaba, buscando el modo de paliar la derrota.

—Mejor será que estudie —aconsejaba la esposa.

—Sí; que estudie. Le haremos ingeniero —decidió el funcionario postal.

Joe, ajeno a los planes que forjaban en torno a su porvenir, seguía imponiéndose en la calle y evitando, todo lo posible, la aristocrática mansión de sus mayores.

Cuando salía de la escuela recalaba en la Oficina de Correos, después de jugar un rato al fútbol con los amigos.

—Si tuviera una bicicleta podría repartir la correspondencia urgente —canturreaba ansioso de verse montado en ella.

Le gustaban los deportes; le atraía la velocidad. ¡Una bicicleta era lo que necesitaba para alcanzarla! Comprendía que sólo con este pretexto lo graría que papá se la comprase.

No obteniendo respuesta, insistió:

—El servicio saldría ganando y yo me divertiría... ¡Oye, papá? Te ayudaría mucho. ¡Palabra! ¿Por qué no me la compras?

—¿Te agrada este trabajo?

—Lo prefiero a las reuniones de casa de la abuela.

—No las debes descuidar. El trato social...

Sin dejarle terminar la frase reía alborozado, antes de dar su opinión:

—También en la calle se aprende y resulta más alegre...

Poco tardó en tener la bicicleta y en recorrer los

caminos con la cartera al hombro repleta de cartas y telegramas.

* * *

Terminados los estudios hubo de enfrentarse con la voluntad paterna.

—Mi deseo es ser actor.

—El mío, hacerte ingeniero.

—Lo lamento, pero, con tu ayuda o sin ella, he de ser actor. ¿Por qué te opones si de niño me llevaste a unas pruebas?

—Que no dieron resultado...

—Ahora lo darán. Sé lo que debo hacer. Primero ir a Washington y matricularme en la «Escuela de Expresión Hickman». Lo demás irá viniendo por sus pasos.

—Cuesta caro... Disponemos de poco dinero...

—No importa, papá. Ayúdame en lo que puedas. El resto corre de mi cuenta.

A los dieciséis años abandonó la ciudad natal llevando un menguado equipo, unos pocos dólares y un inagotable caudal de ilusiones.

Apenas el director de la Escuela le oyó hablar, exclamó, llevándose las manos a la cabeza:

—Joven. Usted será mi mejor reclamo.

—¡No comprendo!

—¡Oh! Sí; sí. El mejor reclamo de la Escuela y su sistema —repetía entusiasmado—. Empezaremos grabando su acento cantarín en un disco y cuando termine los estudios grabaremos otro. ¡Verá qué diferencial! Una propaganda fantástica...

—No creo diferenciarme tanto de los demás —replicó algo amoscado.

En cuanto oyó el disco tuvo que darle la razón. Los propios compañeros lo observaron. Más de uno le hizo objeto de burlas y chacotas.

Se aplicó de tal manera que a los pocos meses no se le notaba el acento del Sur. Nadie habría adivinado que procedía de Virginia. Satisfecho y sin dinero para continuar pagando, pues que no era precisamente hombre ahorrativo, sino un perfecto manirroto, al año abandonó la Escuela y buscó empleo.

Su meta era Nueva York, más, para llegar hasta allí precisaba de algunos dólares que jamás reunía. Incapaz de aguardar y ávido de vivir, actuó como profesional de fútbol en el equipo del Departamento del Gobierno Interior, cobrando 25 dólares por partido.

—¿Su nombre? —le pidieron a fichar.

—John Smith —mintió sin escrupulos.

No quería dar el suyo propio. Lo reservaba para futuros «éxitos» teatrales. Como tal Smith frecuentó la mejor sociedad, despilfarró lo que ganaba y comprobó que no podía seguir manteniendo el equívoco, ni tampoco alternar con gentes elegantes, cuyo caudal era bien distinto de los menguados ingresos de que él disponía.

En la «Sección de Anuncios» de un periódico leyó esta oferta: «Se precisa bañero para prestar servicio en una piscina». Nadaba regularmente, pero allá se fue, esperando que no ocurriese nada grave en su turno de guardia.

Acabó la temporada sin ningún tropiezo y con unos ahorros que le permitieron desplazarse a Nueva York.

¡Qué monstruosa le pareció la ciudad! ¡Cuán

difícil adentrarse en ella! No poseía otra tarjeta de presentación que su afán de ser actor y el diploma de la Escuela Hickman.

Visitó las más renombradas agencias.

—Sobran ofertas de debutantes...

—Déjenos su domicilio. Cuando salga algo interesante para usted le avisaremos...

—Los cuadros están completos...

Se le fueron los días recorriendo calles; hablando inútilmente; discutiendo; apretándose, incluso, el cinturón; oyendo siempre la misma cantinela, en mejor o peor forma expresada.

A lo sumo, consiguió que le permitiesen actuar en funciones benéficas, sin otra retribución que la de establecer contacto con gente bohemia, que conocía el argot teatral y que igualmente luchaba para abrirse camino.

El problema de la subsistencia se le agudizaba por momentos. Incluso pasó por la dura prueba de no comer siempre que sentía necesidad de llevarse un mendrugo de pan a la boca.

—Cueste lo que cueste he de ser actor —reclamó, antes de decidirse a trabajar de nuevo en otros menesteres. Y lo dijo levantando el puño, colérico y rebelde contra las fuerzas ocultas que le cerraban el paso hacia la meta tan ansiada.

* * *

La cruda realidad, más fuerte que su ferrea decisión, le hizo conformarse con un empleo de vendedor de pinturas y barnices.

Trabajaba a comisión para la pequeña fábrica que Irving Kauner poseía en Brooklyn. Visitaba

los clientes pensando en el día que podría aparecer en los escenarios y que le aplaudirían frenéticamente. Hasta ahora sólo le habían aplaudido grupos reducidos, en teatritos privados. Más adelante...

Con el muestrario a cuestas pensaba y sonreía porque, de pronto, la imagen de una muchacha, conocida entre bastidores, parecía sonreírle también. ¡Como cuando actuó de protagonista en «Paris Bound», de Philip Barry!... Entonces, la muchacha tocaba el piano ambientando algunas escenas de la obra. El la miraba desde escena y cada vez que sus pupilas se encontraban sentía un no sé qué indefinible y grato, que le impulsaba a superarse.

En el entreacto la saludó cual si fuesen viejos amigos:

—¿Trabajas por afición o con miras a convertirte en profesional? —averiguó ella, tras las primeras frases intercambiadas.

—Quiero ser actor. Sólo que no tengo quien me ayude.

—Te impondrás sin ayuda de nadie.

—Lo veo difícil. Vengo intentándolo desde que llegué a Nueva York y ¡ya ves!, lo más que consigo es esto: trabajar sin cobrar...

Tuvieron que separarse porque molestaban a los transeúntes. Joe supo que se llamaba Eleonore Kip. Al terminar la función, la muchacha había desaparecido.

Volvieron a encontrarse algunas veces. Se miraban con simpatía... No ocurrió más.

Los pensamientos del «comisionista de barnices» replegáronse para concentrarse en la prosaí-

ca tarea de ensalzar las excelencias de la mercancía que se le había confiado.

Entró en una tienda. Abrió el muestrario y lo mismo que si se hallase interpretando su papel ante un reducido auditorio, recitó la aprendida lección:

—Este barniz seca instantáneamente... Ese despidé reflejos metálicos... Aquél resulta inalterable...

El cliente formuló un buen pedido, Joe lo pasó al libro de notas, con evidente satisfacción. Y se despidieron.

Tras aquél, otro...; otro...; otro...; y otro... ¡Qué terrible monotonía!... Sin embargo, como no le iba mal en el empleo, lo aguantó durante dos años y hubiera seguido aguantándolo todavía más si un viajante —con menos recursos económicos que él— no le hubiese metido en la cabeza la idea de emprender la ruta de Florida.

—Nos llevaremos una representación de accesorios para automóviles. Un mismo trabajo acaba por hacerse pesado. Además ¡viajaremos! —le tentaba.

—Tienes razón. Estoy cansado de Nueva York... ¡Se me está quedando pequeño! ¡Con lo impresionante que me pareció al llegar!

—Cualquier ciudad, por grande que sea, acaba quedándose reducida a las pocas calles por donde uno transita a diario.

—Verdad; así es.

—Viajar es muy distinto.

—Sí. Sí. Me agrada mucho lo desconocido. Soy de temperamento inquieto. Menos mal que la voluntad me sujetta casi siempre...

—Sólo casi?

—Algunas veces, ¡no se puede resistir la tentación! —confesó, alegramente despreocupado.

* * *

No se equivocaba. La ruta fue perfecta hasta Miami, donde se le presentó la tentación en mil formas distintas, a cual más sugestiva y atrayente.

—Por la noche daremos un vistazo a todo esto.

—Sin extralimitarnos demasiado; que mañana hay que trabajar.

—Quedan horas... ¿Cuántos días crees que permaneceremos aquí? —intentó saber del amigo que conocía la ciudad.

—Cuatro o cinco, ¡no sé! Depende de cómo vayan las cosas.

—Hasta ahora —exclamó Joe, haciendo recuento de las ganancias— no nos podemos quejar. ¡He reunido un buen puñado de billetes de los grandes! De seguir así nos hacemos ricos...

Apenas descender del tren buscaron un hotel. Cambiaron de ropa y se lanzaron a la calle. ¡Qué hermosa noche la de aquel Miami, diríase que nacido para el placer!

Los anuncios multicolor daban aspecto festivo. La riada de coches sentido prepotente; las salas de juego, un clima despreocupado de riesgo y fascinación.

Tal que la mariposa va a la luz, así fue Joe hacia una de las mesas. Por breves instantes estuvo mirando la inquieta y fascinante ruleta en su giro vertiginoso, tentador. Luego, se arriesgó a apostar a «Negros»... ¡Ganaba! Dobló la apuesta. ¡Ganaba por segunda vez...! Corrió hacia un sillón

recién desocupada, sin dejar de observar las casillas en que se paraba la bola tras un loco rodar inconsciente.

El «croupier» pregonaba su periódica e incitante invitación:

—¡¡Hagan juego!!

Instintivamente puso un montón de billetes en el tercer cuadro. Minutos después los había perdido. La raqueta del croupier barría para dentro con elegante indiferencia.

—Yo me voy —dijo el compañero, que no había hecho más que mirar.

—Prefiero quedarme. A ver si recupero.

—Anda con cuidado. Vale más saber perder. Retirarse a tiempo...

Joseph jugó y jugó; con alternativas diversas. Al fin tuvo que abandonar. Estaba sin un dólar en el bolsillo.

La prometedora ruta de Florida terminó, para Joe, representante de accesorios de automóvil, en Miami. Allí quedó varado y hubo de volver a empezar. El circunstancial amigo se marchó y él, poco menos que reducido a la indigencia, aguzó el ingenio hasta dar con una maravillosa idea.

—Eso es... ¡Ya está! —repetía a solas, como un poseso—. ¿Por qué no se me ocurriría antes?

La idea consistía en envasar la ensalada de patatas y verduras con papel celofán y sirvirla así a los bares y demás establecimientos del ramo.

Redondeada la «idea» la expuso a la «Tip Top Salad Company», que se la financió. Diariamente se distribuían millares de bolsas por todo Miami e, incluso, más allá de su demarcación. Hallóse más

cerca que nunca de la fortuna. El negocio no podía haber encajado mejor.

—Dentro de poco me retiraré para montar una compañía de comedia. ¡Mi compañía! Puesto que no tendrá que depender de nadie, actuaré como quiera. Segun mi modo de entender el arte escénico — explicaba al director de la empresa.

—¿Tanto le atrae? ¡Es una lástima! Posee usted magníficas condiciones para comerciar. Podría llegar a convertirse en un poderoso magnate de los negocios. Esta «idea» nos está dando mucho dinero. Después de esta se le puede ocurrir otra...

—No. No. Me he propuesto ser actor y creo que lo estoy consiguiendo. Con un poco más de paciencia tendré ganada la batalla.

Tampoco la ganó. La fatalidad parecía gozarse con los infortunios del joven Cotten, porque aquella «idea» que al pronto pudo parecer genial, una vez conocida pasó a ser algo así como «el huevo de Colón». Cualquiera podría explotarla. Y los demás la explotaron por cuenta propia, prescindiendo de los servicios de la «Tip Top Salad Company».

—Total — decían entre sí —, es cuestión de comprar el papel celofán y envasar la ensalada nosotros mismos...

De haberse tratado de un hombre ahorrador, los beneficios alcanzados hubieran bastado para intentar algo nuevo con el propio capital, pero a Cotten siempre le gustó vivir bien; a lo grande; sin pararse a considerar el mañana. De ahí que mientras funcionó el negocio tuviera dinero abundante y se quedara sin él en cuanto el negocio dejó de funcionar.

* * *

Los años se le iban y su porvenir no se concretaba. Era cuestión de sentar la cabeza o, de lo contrario, se quedaría en mediocre empleado de cualquier firma comercial. Miami le gustaba. Le tenía atado de pies y manos con los grilletes de sus encantos. Se tomó unos días para reflexionar. Con un plan algo sólido, aceptó encargarse de la publicidad del periódico «Miami Herald».

—¿Sueldo? — averiguó impaciente, pues que se había acostumbrado a disponer de dinero abundante.

—Treinta dólares semanales.

—Me parece poco...

—No podemos asignarle más, ¡Piénselo! Le quedarán muchas horas libres. Para lo que usted prende, creo que no lo debe despreciar.

Les había caído simpático. Después de explicar lo que llevaba luchado, expuso lo que quería llegar a ser.

Aceptó el puesto. Aquel trabajo le permitía organizarse libremente. En seguida reclutó un grupo de aficionados y formó su primera compañía teatral.

Componíanla estudiantes de la Universidad que le secundaban con vocación y entusiasmo. Solían representar piezas de escaso relieve artístico, pero que el «Miami Herald» comentaba elogiosamente, haciendo atmósfera en favor del recién descubierto actor.

Todavía ahora, cuando lo comenta, dice con maliciosa picardía:

—Hasta el momento no he hallado ningún medio más eficaz de dar buena crítica a mis obras... ¡La escribía yo!

Escritas por él o por otro, lo cierto fue que a los cinco años de haber pisado la tentadora ciudad del Estado de Florida, pudo volver a Nueva York llevando una carta de recomendación para el prestigioso crítico Burns Matle.

—Estoy muy acostumbrado a calibrar valores —dijo Burns, apenas verle—. En usted hay madeira de actor. Tome estas cartas y visite a estos señores en mi nombre.

—Muchas gracias —fue lo único que se le ocurrió contestar a tan calurosa acogida.

Leyó los nombres: David Belasco y John Galden. Ambos le eran desconocidos. ¿Por cuál empezar? Espíritu lógico y en las horas graves también reflexivo, Cotten decidió seguir el orden alfabético. Visitaría primero a Belasco.

Sin perder minuto corrió en busca del prestigioso director. La veleidosa fortuna quiso, al fin, apiadarse de Joe. ¡Bien lo merecía después de tanto luchar! Y lo hizo valiéndose de un curioso equívoco.

Belasco hallábase en el teatro. Cuando Joe entró, preguntó por él.

—Pase. Están montando la obra. Hace rato que le espera a usted —dijo oficiosamente el conserje.

No sin sorprenderse, el recién llegado avanzó por la platea sumergida en penumbra. En el escenario pudo ver algunos hombres que discutían. «¿Cuál será el que vengo buscando?», preguntábase Optó por gritar:

—¿David Belasco?

—Sí —contestó alguien desde arriba.

—Soy Joseph Cotten —faufulló casi ininteligiblemente.

—¡Halló, Joseph! ¡Ven! Siéntate. En seguida termino...

Nuestro visitante se sobresaltó. Todo aquello le parecía anormal, pero, como se estaba jugando una baza decisiva para su carrera, hizo cuanto le decían sin inmutarse.

Tras un breve silencio, el director volvió a hablar:

—Dime, Joseph, ¿qué te parece este efecto de luces?

Joseph tenía ideas propias sobre teatro y conocía la escenografía, expuso pues, claramente su atrevida opinión. Logró entusiasmarle hasta tal punto que Belasco, americano cien por cien, y por lo tanto expeditivo, le ofreció el puesto de Ayudante.

Aclaradas las cosas supo que en el momento de llegar él, Belasco estaba esperando a otro recomendado llamado también Joseph. Y que en la preocupación del trabajo les había confundido.

* * *

La personalidad de Cotten se imponía con irresistible empuje. A los pocos días no sólo ejercía de ayudante de Belasco sino como contrafigura del actor Lynn Overman, en la obra «Dancing Partner». Con ellos estuve trabajando hasta que unos años más tarde la muerte se llevó al activo empresario-director.

Andaba entonces Cotten por sus 27 años. Había

vuelto a encontrar a la muchacha que conoció entre bastidores... Aquella que le sonreía con gracia en sus horas de ensueño y que le había sonreído de verdad mientras representaba «Paris Bound». La buscó radiante de felicidad para comunicarle una buena noticia.

—He sido contratado como galán joven en la compañía de repertorio que actúa en el «Teatro Copley de Boston»... ¿Te alegras; verdad?

—¿Podrías dudarlo?

—No — contestó firmemente convencido de que todo lo suyo interesaba igualmente a Leonore Kip.

Hurgó en los bolsillos antes de ofrecer:

—¿Vamos a celebrarlo?

Ella asintió con el gesto. Pararon el primer taxi que se les cruzó. Joe dijo alborozado:

—¡A Coney Island!

Montaron alegres como chiquillos en vacaciones. Ya en el enorme parque de atracciones, el frenesi de bullicio que les dominaba perdió todo control. Entraron en las cestas más concurridas: El ilusionista... La mujer con bigote... El monstruo terrorífico... La casa encantada... La cueva de las sorpresas... Montaron en un tiovivo; luego, en otro; luego, en otro... En los autos de choque... En el vistoso carrusel... En la gigantesca rueda giratoria, cuyos coches, a modo de cangilones, al llegar a lo alto les permitían dominar una vasta panorámica, abigarrada y colorista. Deslizáronse por el extenso tobogán...

En el tiro al blanco Joe probó su destreza. En el juego de aros pudo regalar a su compañera una precisa música «pescada» con uno de ellos...

—¡Siempre toca premio! —voceaban los encargados de los puestos.

Deambulaban sudorosos y excitados. De vez en vez se detenían a refrescar. Ya entrada la noche, el la invitó a cenar.

—Tomaremos bocadillos en cualquier parte — propuso Leonore.

Encaramándose a unos taburetes devoraron — que no de otro modo se podría decir — varios «perros calientes» con salchichas, jamón y queso.

—Un helado de vainilla y café — pidió Joe como final.

¡Vaya nochecita deliciosa que estaban pasando! Cogidos de la mano reemprendieron el alocado peregrinar por el embrujado recinto, cargado de música estridente y griterío ensordecedor.

Joe iba depositando «níqueles» en las cajas de los controles, como si dispusiese de un caudal inagotable. Al fin tuvieron que ir pensando en regresar; en despedirse.

—Te deseo suerte. Sé que la tendrás — auguró la amiga.

—Adiós. Pronto te enviaré mis noticias.

Y sin decirse más, ambos intuyeron que no iban a tardar mucho en volver a verse.

El timbre del teléfono distrajo la atención de Leonore. Tan abstraída estaba que le hizo dar un respingo.

—¡Qué fastidio! No puedo pensar con tranquilidad.

Se levantó malhumorada. Tenía precisión de

terminar unas escenas que le habían encargado con urgencia. Desde hacia algún tiempo escribía para las casas de cine. Hacía sinopsis, diálogos... Ganaba, en fin, su sustento con la pluma.

El timbre del teléfono repetía la llamada con intermitente regularidad. Tomó el auricular y dijo displicente:

—¡Halló!

Una voz muy conocida, a la vez que muy amada, le cambió radicalmente la expresión del rostro. El malhumor trocóse en alegría. Las pupilas centellearon. Y los labios, crispados de emoción, acertaron a averiguar lo que sabía con certeza.

—¿Joe?

—Sí. Joe.

—¿Qué tal estás? He leído toda la prensa. ¡Te felicito! Ya te auguré que...

Cotten le cortó la perorata con esta demanda expresada sin circunloquios:

—¿Quieres casarte contigo? Tengo un contrato y un sueldo fijo que nos permitirán vivir... ¿Quieres?

Leonore esperaba que, algún día, la pediría en matrimonio, pero jamás pudo creer que fuese tan pronto y, menos aún, por conferencia telefónica. Durante breves instantes el diálogo quedó interrumpido.

La voz del acto vino a reanudarlo festivamente segura:

—¿Qué me contestas? Me corre prisa saberlo, porque si dices «no» tendré que buscar otra novia. Necesito una mujer a mi lado...

—¡Sí, Joe, sí! ¡Quiero casarme contigo! —exclamó con quebrado acento de emoción.

¿Cómo podía decir «no» si le gustaba desde que se conocieron? Tan decidido, tan alegre, tan apuesto y con un atractivo indefinible que le granjeaba la simpatía de hombres y mujeres.

Alto, aplomado, el mirar profundo y la risa pronta, Joseph Cotten compone un tipo masculino de excepción. ¿Negarse? ¡De ningún modo!

—Quiero casarme contigo. ¿Me oyes? ¡Quiero casarme contigo! —repetía impaciente.

—Bien. Bien. Lo oigo. —Y siguió explicando a través del teléfono—. Nos casaremos en Nashau, dentro de una semana. Después de la ceremonia te llevaré contigo. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Antes de cortar quiero oírte que me amas —pidió infantilmente.

—I love you! My dear!

—Darling!!!

Hasta los auriculares se estremecieron con el breve intercambio amoroso. La boda, al igual que la petición de mano, fue rápida y sencilla. Hicieron el viaje de novios camino de Boston, donde Joe tenía precisión de regresar lo antes posible. Los públicos le aclamaban. Las empresas se fijaban en él.

A los pocos meses debutó en Broadway con la obra «Absent Father». Le siguió «Accent of Young». Interpretando estaba «The postman Always Rings Twice» cuando decidió poner casa en Greenwich Village. Algo así como el Monmartre neoyorquino.

—Conoceremos la bohemia en su propio elemento. La prefiero a esas gentes encopetadas y cermónicas que pasan a saludarme al camerino.

—Por tu origen no debieras hablar así.

—¡Oh! ¡Si supieras cómo hacia rabiar a mi abuela...!

Y en la tranquila paz del hogar sencillo contaba a la esposa sus travesuras de muchacho.

* * *

En el mismo barrio habitaba Orson Welles. Empezaba a darse a conocer como locutor de radio. Pronto se fijó en Joe. Le pareció interesante y se hicieron amigos.

—Ven a verme. Tu opinión me será muy valiosa.

—¿Tanto me consideras?

—Más de lo que tú crees.

Audió a la representación. El trabajo de Cotten le entusiasmó. Discutieron sobre teatro y con gran satisfacción por ambas partes llegaron a puntos coincidentes.

Orson había cumplido entonces veinticuatro años y se hallaba casado con su primera mujer. Igualmente las esposas simpatizaron. Solían reunirse con mucha frecuencia para tocar el piano, discutir sobre música, leer, cambiar impresiones literario filosóficas, jugar... A Orson y a Leonore les apasionaba el poker. Cuando él ganaba, sus robustas carcajadas llenaban la estancia.

—¡Te venció! —reía Joseph.

—Es terrible. ¡Tiene una suerte loca!

—¿Suerte? ¿No será por que juego mejor? —arriesgaba con tal de enojarla.

Vivían como auténticos camaradas, confiados y entrañablemente unidos.

—He comprado un coche de segunda mano —llegó diciendo Joe uno de tantos días—. Hoy ni se juega ni se discute. Vamos a ir los cuatro de excursión.

Les pareció magnífico y pasaron varias horas inolvidables.

La amistad iba estrechando con verdadera complacencia.

—¿Quieres colaborar conmigo? —le ofreció tiempo después Welles, cuando el teatro pasaba por una crisis bastante penosa, durante la cual tuvo que emplearse como modelo fotográfico y actor para cortometrajes publicitarios.

—¿En tus guiones radiofónicos? —averiguó esperanzado.

Le agradaba escribir. Había ayudado más de una vez a Leonore. Se le presentaba una buena ocasión...

—Juntos quizá logremos destacar —comentó Welles, dispuesto a meter ruido.

—Nunca alcanzaré tu originalidad —reconoció humildemente.

—¡Nada se pierde probando!

Bebieron unos whiskys antes de cerrar condiciones. Y empezaron a laborar. Escribieron una serie de guiones que nunca fueron estrenados, pero se divertían y, aunque no les sobraba el dinero, sentíanse multimillonarios de buen humor.

Al fin, Orson logró que le admitieran su adaptación radiofónica de «La guerra de los mundos». El revuelo que armó todavía se recuerda con espanto en todo norteamérica. La voz tonante del inquieto locutor estremecía a los oyentes que abandonaban sus hogares empavorecidos. Los puestos

de Policía no daban abasto para atender las llamadas de socorro. Desmayos..., sincopes..., desenfrenadas carreras... ¡¡Orson Welles alcanzaba la celebridad!!! Y tras ella podía montar una compañía de teatro.

—Te he reservado un puesto importante — ofreció al amigo fraterno.

Cotten pasó satisfecho al «Mercury Theatre» para representar «Julio César» y convertirse, no sólo en el favorito del público, sino también de las mejores actrices. Le buscaban para que les diera la réplica. Le escribían queriéndole contratar.

En tales menesteres andaba entonces Katherine Hepburn, para la presentación de «Historias de Filadelfia». La obra requería un primer actor de calidad. Ninguno le parecía suficientemente bueno. Mientras conjuntaban el reparto quiso verle trabajar. Tanto le agradó, que apenas terminada la función se fue directa al camerino.

Joe la reconoció en seguida. La personalidad de la Hepburn es de las que no se pueden olvidar. Habíala visto en fotografía, mas, su expresivo rostro, su estilizada silueta y el nervioso ademán lleno de una inquietante verdad, muy femenina, le atrajo irresistiblemente. Sorprendido la hizo sentar. Fue Katherine quien habló primero:

—Su interpretación me ha impresionado. Permítame felicitarle. Necesito un buen actor y vengo en busca de usted.

La oferta le halagaba. Ni se hizo rogar, ni se mostró orgulloso. Sabía que al lado de tan destacada actriz afianzaría de modo definitivo su propia fama.

No se equivocó. Cada representación significaba

un evidente triunfo. Miles y miles de espectadores le aplaudían a diario. La crítica agotaba los adjetivos. La taquilla las localidades. Las admiradoras crecían en progresión geométrica.

—Tendrás que buscar secretaria. Estoy agotada de tanto leer y contestar cartas — protestaba festivamente la esposa, con la satisfacción de verle prosperar sin que le crease conflictos sentimentales.

—¿Dónde encontraría otra tan capaz?

—Y que se dejase explotar como yo... ¿verdad?

—¿Explotar?

—¿Qué sueldo me has asignado, veamos?

—¡Este! — exclamó, besándola apasionadamente.

—¡No está mal! ¡No está mal! — aceptó gozosa.

Leonore le cuidaba solícita. Cuando acudía al hogar buscando la necesaria tranquilidad de espíritu, encontraba sus brazos que le estrechaban protectores. Le infundía alientos. Le contagiable su serenidad.

—Eres la mujer de mi vida. ¡La única! Y lo seguirás siendo mientras aliente — le susurraba a flor de oído, contento de poseer una esposa tieramente comprensiva.

—¡Tantas como quisieran ocupar mi puesto, ¿no? — reía ella.

—¿No decías que he de buscarme secretaria?

* * *

El ruidoso éxito de «Historias de Filadelfia» le valió ser llamado para unos seriados radiofónicos junto a Martha Scott. Recordando su fatigoso peregrinar por diversas emisoras, en compañía de Welles — cuando decidieron unirse en la colabo-

ración literaria —, refería a Leonore que, cierto día, soltaron estentóreas carcajadas delante del micrófono, sin importarles un comino que estuviese abierto, con lo cual el locutor pasó el gran apuro inventando una anécdota que las justificase.

—Los apuros que pasó no son para desritos. ¿Qué estará haciendo ahora el tunante de Orson...? ¡Aquello fue nuestra venganza!

—¿Le aforas?

—Pues, sí. Cuado se le conoce bien se le quiere como a un hermano.

El tunante de Orson, entre tanto, se imponía en Hollywood. Los dos amigos mantenían estrecho contacto. Se contaban sus inquietudes. Celebraban los mutuos aciertos. Preparando estaba Welles la filmación de «Citizen Kane». Escribió a Joe.

—¡Carta de Orson! —dijo, mostrándosela a la esposa.

—Habla de su película. Le tiene obsesionado.

—Debe tropezar con muchas dificultades. Su originalidad le perjudica, de momento, claro, ya que al fin acaba por imponerse.

—¿Crees en su talento?

—Sí; lo mismo que tú.

—¿Te gustaría que me pasase al cine?

—¿Acaso te hace alguna proposición? Cotten movió la cabeza afirmando.

—Supongo que no dudarás en aceptarla. El la miraba con satisfacción. Siempre le había alentado su optimismo convincente. Era ambiciosa y le quería encumbrar.

Bromeando, Joe objetó:

—De niño tuve un fracaso. Papá intentó hacer

de mí una «estrella» infantil y regresó a casa sin conseguirlo.

—Estoy segura que de se arrepentirán.

—¿Tan ciega es tu fe en mí?

—Triunfarás en el cine como has triunfado en la escena. Debemos ir a Hollywood.

—Puesto que tú lo mandas... Vámonos a Hollywood —sentenció, haciendo cómicos visajes.

Jamás perdía el buen humor si de dialogar con ella se trataba.

Hicieron las maletas y se plantaron en un mundo desconocido, hasta el cual había llegado, sin embargo, su fama de actor teatral. Orson acudió a recibirlas. Estaba preocupado. Totalmente sumergido en un raro clima artístico-espiritual.

—¿Ocurre algo?

—No me faltan detractores.

—La originalidad debe pagar tributo. ¡Alégrate de saberte combatido!

—He de hacer algo distinto de todo —les confió «el genio».

La película terminada, visionado y aplaudida, abrió de par en par a Joe las puertas de los Estudios.

—Ahora sí que nos tomaremos unas vacaciones —prometió a su esposa—. Será el verdadero viaje de novios, ya que en su tiempo no lo pudimos realizar. Piensa a donde quieras ir. Viajaremos a lo grande. ¡Como unos señorones!

—A cualquier sitio tranquilo.

—¿No te atrae una playa de las que están de moda?

—Eres tan popular que no nos dejarían vivir...

—Tú mandas! ¡Como siempre!

Sin embargo, fueron las circunstancias quienes mandaron, ya que Alexandre Korda, le brindó el papel principal de la película «Lydia», llevando como «estrella» femenina a Merle Oberon.

—¡Ahí lo tienes! ¡Gangas del oficio! — exclamó, mostrándole la oferta.

—;Debes aceptar! Nuestro «viaje de novios» puede seguir esperando; en cambio la película no — le estimulaba Leonora, viéndole malhumorado.

—;No te contraría?

—Sí, querido, pero al mismo tiempo me alegra. Tus triunfos fomentan mi orgullo de mujer. ¡Ahí es nada! Poder ir del brazo del actor de moda...

—;Y... ahí es nada! ¡Contar con una esposa como tú!

Justo le era reconocer que sin su presencia la felicidad de que disfrutaba no sería tan completa.

—;Qué buena y comprensiva has sido siempre! ¡Cómo te amo y te necesito...!

* * *

Transcurrian los años y el matrimonio seguía tan compenetrado como el primer día.

Absolutamente unidos en gustos y deseos. Siendo la admiración del versátil Hollywood. Los compañeros les buscaban. Les admitían en todos los «clanes» con verdadera complacencia. Joe conversaba animadamente. Leonore poseía un encanto singular, muy femenino y atrayente.

—Vamos a comprar una finca. Estamos en condiciones de hacerlo. Me agradaría reunir los amigos en casa. Una casa arreglada según nuestro capricho.

Eligieron el nuevo hogar ilusionados. Instaláronse en Bentwood. Una gran parque rodeando la finca, con campo de deportes, piscina, huerta; una huerta muy extensa, porque Joe amaba trabajarla por si mismo.

Formaron su tertulia con un grupo de gentes escogidas, entre quienes ocupaba lugar preferente el inquieto Orson. Su risa estruendosa y vivaz dominaba la conversación. Sus atrevidas ideas planeaban sobre la opinión general, avasallándola.

Apenas las discusiones recaían en la constante pugna cine-teatro, lo cual ocurría con frecuencia, Joseph salía en defensa del segundo, con apasionado empeño:

—En última instancia — acababa diciendo para cortar la controversia —, lo prefiero, sencillamente, porque es una forma de expresión mil veces superior a la del cine, o, al menos, mucho más importante, más seria.

—;Volverás a él?

—En cuanto se me presente ocasión.

El «set» le tenía aprisionado. A «Lydia» siguieron «The Magnificent Amberson», (El cuarto mandamiento) con Dolores Costello. «Jourhey Into Fear», con Dolores del Rio. «La sombra de una duda», con Teresa Wright. «Lazos eternos», con Diana Durbin. «Luz que agoniza», con Ingrid Bergman. «Te volveré a ver», con Ginger Rogers. «Desde que te fuistes», con Claudette Colbert. «Cartas a mi amada», con Jenifer Jones. «Un destino de mujer», con Loretta Young. «Duelo al sol», Jennifer Jones. «El retrato de Jennie», con Jennifer Jones. «El tercer hombre», con Alida Valli. «Atormentada», con Ingrid Bergman. «Beyond the

Forest», con Bette Davis. «September Affaire», con Joan Fontaine. «Despacio, forastero», con Alida Valli. «Half Angel», con Loretta Young. «Entre dos juramentos», con Linda Darnell. «Pekín», con Corinne Calvert. «The Man With a Cloak», con Barbara Stanwyck. «Steel Trap», con Teresa Wright. «Untamed Frontier», con Shelly Winters... hasta que, tras «Niágara», con Marilyn Monroe, pudo montar «Sabrina», en uno de los mejores escenarios de Nueva York, llevando de primera actriz a Margaret Sullivan.

Fue tan resonante el éxito alcanzado con esta comedia, que, inmediatamente, William Wyler la convirtió en película, ofreciendo el papel masculino al veterano Bogart y el femenino a la deliciosa Audrey Hepburn.

El interminable desfile de estrellas que han compartido los primeros puestos con Joseph Cotten da idea de cómo este actor ha sabido eludir —siempre respondiendo a su independencia de carácter— el ser contratado en exclusividad para una firma determinada. Caso curioso y tal vez único en los anales de Hollywood.

—Me desesperaría saber que dependo de un contrato a largo plazo —asegura—, pues todavía ignoro lo que se me ocurrirá hacer en lo que me queda de vida.

—¿Qué piensas hacer para evitarlo?

—Trabajar independientemente.

Así ha sido. El primer film rodado en tales condiciones, «Special Delivery», con Eva Bartok, lo acabó en enero último, para «Columbia», en la ciudad de Wiesbaden.

A su regreso estuvo en París, Madrid y Barcelona.

En rueda de prensa le interrogaron:

—¿Qué le agradaría hacer después de haber dominado la escena y el plató?

Arrugando la frente y entornando los párpados, en un gesto que le es consustancial, descubrió como un chico travieso:

—Saltar a una pista de circo. Hasta tal punto me atrae que, ahora, en París, preferí ver durante dos noches consecutivas el programa del circo Medrano y también el del Circo de Invierno, a ir al teatro. Me produce cierto rubor confesarlo, pero, así fue...

Gran conversador, de palabra fluida y amena, lo mismo en público que en las tertulias de hogar, sus controversias se siguen con interés.

—Prefiero las biografías noveladas —opina—, si de libros se trata. El tenis, si de deportes. La agricultura, si del campo...

—Eres sorprendente. ¿De dónde sacas tiempo para ocuparte de tanta cosa? —interrogan sus incondicionales.

—Organizándome!

—Organizarte, tú que siempre has vivido de la improvisación?

Se hacen tal pregunta porque olvidan que Joseph Cotten cuenta con una esposa amante, que vela por él desde aquel día en que una llamada telefónica la hizo contestar con un «sí» enternecido y rotundo a la petición de matrimonio formulada a través del teléfono.

Así es JOSEPH COTTEN

Dijo el actor hablando con un amigo:

—Ayer me negué a darle a una mujer una cantidad de dinero que me pedía, y no he podido dormir en toda la noche, oyendo su voz que incansablemente seguía pidiendo.

—¡Qué conciencia tan delicada! ¿Y quién era esa mujer?

—Mi espouse.

卷之三

Joseph estaba un día de
muy mal humor.

—¿Qué diablos te pasa?
—le preguntó uno de sus
compañeros en los Estu-
dios.

—Nada. Es que madrugué demasiado. Me he despertado al cantar el gallo.

—¿Y qué hiciste?

—Le retorci el pescuezo.



Montain

áñ a la venta!



ERGMAN.—La actriz sueca en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».

Una vida. UNA NOVELA

**LA DINAMICA
ESTRELLA
DE LOS MIL
YUN NOVIAZGO**

**Un fulguroso
fracaso en
la Televisión**

**LOS HOMBRES
LA ADMIRAN,
PERO LES
ESPANTA SU
VITALIDAD**

BETTY HUTTON

Una vida, UNA NOVELA



INGRID BERGMAN

2
STAS

BETTY HUTTON.-Dinámica, emprededora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idílicos desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerla abandonar su carrera artística.

Una vida, UNA NOVELA
JAMES STEWART

El típico muchacho norteamericano, ingenuo y simpático.

UN GRAN AMOR
IMPOSIBLE
DESDE SU
JUVENTUD



JAMES STEWART. — Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

TITULOS EN PRENSA



BURT LANCASTER

Fue acróata de circo hasta que un accidente le dejó inútil para esta profesión. Durante la guerra hizo teatro para los soldados de los frentes europeos. Ultimamente, ha logrado el sueño de su vida: producir e interpretar una película en la que encarna a un trapeista de circo, reviviendo así sus años juveniles.

JANE WYMAN

La estrella que hemos admirado en papeles tan dramáticos como los interpretados en «Belinda» y «Obsesión», comenzó su carrera artística cantando y bailando en un escenario. El cambio de estilo le resultó innegablemente favorable, puesto que su labor en la película «Belinda» fue premiada con el codiciado Oscar.



JEFF CHANDLER

Siendo niño prometió a su amiguita Susan Hayward que ambos llegarían a ser grandes estrellas de la pantalla. La promesa se ha cumplido. Pero no ha acudido a la cita la felicidad que esperaban encontrar en la cumbre de la fama. Con el hogar destrozado, Jeff busca a la mujer de su vida, oscilando entre Susan Hayward y Gloria de Haven.



BETTY GRABLE

Los padres de Betty no estuvieron de acuerdo sobre el camino que debía seguir la muchacha. El quería que fuese una tranquila ama de casa, ella, convertiría en célebre bailarina. Hollywood fue el juez que puso fin a la discusión. Un primer fracaso amoroso —que terminó en divorcio—dio a Betty una marcada desconfianza hacia todos los hombres.

